

## "CANCION DEL NIÑO - POETA"

El niño canta a la flor  
su canción de primavera.  
Mi corazón sin amor...  
Naranja, nardo, palmera...

El niño canta al lucero  
su canción de sol y luna.  
Mi corazón prisionero...  
Sonrisa, nube, aceituna.

El niño canta a la aurora  
su canción de amanecer.  
Mi corazón se enamora...  
Mar, barquilla, atardecer.

El niño canta a la rama  
su canción de pajarillo.  
Mi corazón que te ama...  
Arbol, retama, tomillo.

El niño canta a la arena  
su canción triste de playa.  
Mi corazón tiene pena...  
Faro, destello, atalaya.

El niño canta a la sombra  
su canción de amor y río.  
Mi corazón que te nombra...  
Agua, ola, viento, frío.

El niño canta a la tarde  
su canción de luz ausente.  
Mi corazón que no arde...  
Manantial, silencio, fuente.

El niño canta a la vida  
su canción de amor postrera.  
Corazón, busca la huída...  
Almendro, amor, sementera.

M. ARJONILLA TERRERO



## Por tierras gallegas

SANTOS SANCHEZ GONZALEZ

### I.—ASI ES GALICIA

ENTRAR en Galicia por la ruta de Sanabria es algo de ensueño, es un despertar alegre, lleno de luz y color; comenzar a disfrutar de la Suiza española en el amanecer de un claro día de Julio, es como traspasar la entrada de un enorme jardín natural, un jardín con dos bellezas, cuales son las que posee Galicia: la «terriña meiga», la del inmenso mar azul surcado por barquitas, y la del otro mar, no menos inmenso, mar verde con sus «vaquiñas» en los maizales, sus bosques de pinos y castaños; sus fuentes y arroyos rientes; sus huertos llenos de pomaradas en flor, y los rebaños por las «corredoiras» entre follajes verdes, destacando cual palomas blancas los señoriales «pazos», las recónditas aldeas con sus inigualables «hórreos», ... Todo envuelto por el pertinaz y suave «orballo», cargado de humedad que reanima este sin igual paraíso y jardín que es toda Galicia.

Abajo, la Galicia del mar es otra maravilla de clima y vegetación, es otra belleza distinta de la anterior y hermana de ella. Esas inigualables rías en las que el mar y la tierra se besan con cariño y que tanto recuerdan los *fiords* noruegos, las costas de la provenzal francesa o las calas en las Baleares. Las rías altas — las del Cantábrico — Poz, Ortigueira, Ferrol, Betanzos y Coruña; y las bajas — las del Atlántico — Noya, Arosa, Pontevedra y Vigo, todas desembocaduras de sus ríos cortos y abrigo natural de los puertos pesqueros, guardados de los desaforados envites del mar.

¡Qué imponente es el mar! Nunca igual, siempre nuevo, variado; tranquilo, como inmenso espejo donde juegan las gaviotas y los barcos lo surcan con paz; oleado, como mecido por un suave susurro dormilón; bravío, encolerizado, medroso, temible volcán que aterra. ¡Cuántas alegrías produces, cuántas tristezas y catástrofes!, tus inmensas fauces azulinas no se sacian y guardan en sus ocultas grutas infinitas e inacabables riquezas. La contemplación del mar, y más si es por vez primera, produce algo difícil de describir, algo de *éxtasis*.

Y así es la tierra gallega, un jardín donde el susurro del viento se mezcla con el piar de los «paxariños», con el son dulce de la gaita en las romerías, el hablar dulce de las «galleguiñas» y el eco de las alboradas con el fornido «aturuxo». Por eso dice la copla popular:

«Mimosa, soave — sentida, queixosa;  
encanta si ríe — conmove si chora.»

La ruta de Zamora-Sanabria a Orense, no sólo pone en contacto más directo el resto de España con Galicia, además es, en el ánimo del turista, del viajero, como antesala de las bellezas que en tan delicada tierra va a admirar. Orense es ciudad de paz y armonía, con sus afamadas fuentes calientes de las Burgas; el Miño, el manso y tranquilo río, que la baña. Paralelos discurren el ferrocarril y la corriente espumo-